

**Molino rojo o
Un camino
alto y desierto**

Alejandro Finzi

Finzi, Alejandro

Molino rojo: un camino alto y desierto / Alejandro Finzi;
ilustrado por Oscar Grillo Ortiz. -1a ed.- Buenos Aires:

Argentores, 2010.

97 p. ; 17x12 cm. - (País teatral)

ISBN 978-987-1752-04-1

1. Teatro Argentino. I. Grillo Ortiz, Oscar, illus. II. Título
CDD A862

Fecha de catalogación: 13/07/2010

Esta edición fue aprobada por el Consejo de Dirección del INT
en Acta N° 256/09. (8 y 9 de junio de 2009).

Ejemplar de distribución gratuita - Prohibida su venta

ARGENTORES - AUTORIDADES

Presidente

> Roberto Cossa

Publicaciones

> Lucia Laragione

> Ana Ferrer

CONSEJO EDITORIAL INT

> Mónica Leal

> Alicia Tealdi

> Marcelo Lacerna

> Claudio Pansera

> Carlos Pacheco

STAFF EDITORIAL

> Mariana Rovito (*Diseño de tapa*)

> Gabriel D'Alessandro (*Diagramación interior*)

> Oscar Grillo Ortiz (*Ilustración de tapa*)

© Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN: 978-987-1752-04-1

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723. Reservados todos los derechos.

Impreso en Buenos Aires, Julio de 2010. Primera edición: 2.500 ejemplares

> a modo de presentación

Con el fin de hacer conocer y poner a mano de los elencos de todo el país obras de autores argentinos clásicos y contemporáneos, ARGENTORES y el INSTITUTO NACIONAL DEL TEATRO acordaron la publicación de una nueva colección cuyo lema es “un autor, una obra”.

El acuerdo toma cuerpo con el lanzamiento de los primeros seis títulos a los que se sumarán, próximamente, otros seis, ya que es propósito de ambas instituciones publicar doce obras por año.

ARGENTORES y el INSTITUTO NACIONAL DEL TEATRO difunden de este modo el trabajo de los autores nacionales para que los teatristas de todo el país cuenten con un material de primera calidad y lo lleven a escena.

La nueva colección aspira a ser una herramienta útil y estimulante para lograr más y más puestas de nuestros autores a lo largo y a lo ancho de todo el país.

PERSONAJES

JACOBO FIJMAN

EL QUIJOTE DE LA MANCHA

SERAFÍN

EL MÉDICO (EL PADRE, UN GUARDIACÁRCEL, EL JUEZ,
EL CAPATAZ)

LA ENFERMERA (LA MADRE, APOLONIO EL
ENTRERRIANO)

ENFERMERO 1 (UN GUARDIACÁRCEL, EL CARCELERO,
UN PEÓN)

ENFERMERO 2 (UN GUARDIACÁRCEL, UN PEÓN)
EL EDITOR (EN OFF)

Indicaciones para una puesta en escena:

- *El presente texto señala diferentes decorados sonoros que deberán ser explorados en todas sus posibilidades expresivas.*
- *El Médico, la Enfermera y los Enfermeros asumen los personajes que se indican precedentemente. Puede optarse, sin embargo, para el papel de Apolonio el Entrerriano, por otra actriz.*
- *Se recomienda para las interpretaciones de violín la utilización de los siguientes registros:*

Sonata op. 5 de Corelli, "La locura"

Versión para violín del Kol Nidrei, de Max Bruch.

Prólogo:

Entre la oscuridad y el silencio comienza a percibirse el sonido desarticulado y feroz, siniestro y desenfrenado, que producen las voces de los habitantes del hospicio. Ese griterío va en aumento hasta que, súbitamente, es interrumpido por la tenebrosa palabra del Editor.

EDITOR: "Buenos Aires, lunes 2 de noviembre de 1942, siendo las doce horas.

Personal de la Comisaría 49 cumpliendo órdenes superiores concurre a la finca de Avenida de Mayo 1276, piso 2º izquierda, a fin de asegurar los bienes supuestamente pertenecientes a Jacobo Fijman.

Siendo atendidos por la encargada de la finca, Jacinta Pérez, quien impuesta del motivo, los hizo llegar a una pequeña habitación en los altos y al fondo del piso, que dijo ser la que ocupaba Fijman desde hace meses, solo, sin conocersele parientes, ni bienes de fortuna en el país, conociéndolo como profesor de latín. Que dicha habitación se hallaba con la puerta abierta, sin llave. Que procedióse a la inspección en la habitación, constatándose que existe: una cama de una plaza, con colchón; una silla; una mesa de luz y dos repisas, que según manifestación de la encargada son de su propiedad, ya que alquilaba la habitación amueblada.

Entre esa misma oscuridad se reconoce a Fijman.

Un par de zapatos colorados muy usados; un saco y un pantalón gris, un álbum con seis discos; un par de medias grises; dos carpetas rojas de cartulina con apuntes; una caja con varios trozos de lápices; un cepillo, un peine; dos cuadritos dibujados al lápiz; una valija marrón de 80 x 60, un atado de ropa muy sucia

Fijman avanza hacia la semipenumbra.

Una caja con cuerpos geométricos contruidos en cartulina; una vitrola portátil a cuerda, de caja negra muy usada

Fijman recorre el lugar, que es su encierro

Pañuelos de bolsillo; 77 libros de distintos formatos en encuadernación rústica y 9 libros en encuadernación especial, de distintos temas, y un llavero. Todo lo cual queda en posesión de la encargada en carácter de depositaria, ya que no es posible asegurar la habitación por carecer de llave. Terminose el acto firmando las partes."

Fijman se detiene, interroga la oscuridad que lo envuelve. Lanza una carcajada prolongada, terrible, delirante.

Oscuridad.

La sala del hospicio, en la semipenumbra. Es el amanecer. Tres camas ocupadas. Allí duermen Fijman, Serafín. Un alto ventanal de vidrios mugrientos. Ninguna luz puede penetrarlos. De pronto se enciende una bombita que cuelga del techo. Al mismo tiempo se escucha una orden, una voz de mando, absolutamente incomprensible. Serafín se ha despertado.

En ese momento, entran dos enfermeros:

Acá.

Éste, es.

Se llevan el cuerpo de un hombre muerto.

Serafín va hasta el lecho de Fijman, lo cubre con una manta. Después busca algunos trapos y los guarda en los bolsillos de su chaqueta gris. Con una pequeña escalera improvisada sube hasta un andamiaje que se extiende en lo alto, frente a la ventana. Saca un trapo, comienza a limpiar los vidrios. Pero esos vidrios nunca quedarán limpios. Un momento después se detiene y trata de ver a través de ellos, pero no ve nada y continúa su trabajo.

Fijman se ha despertado, pega un brinco.

FIJMAN:

¡Serafín!

¡El desayuno!

Buen día, Serafín.

Fijman busca un par de tarros, encuentra un pedazo de galleta:

El desayuno está servido. ¿Hoy vas a bajar o no vas a bajar, eh?

¿Eh, Serafín? Vos tenés trabajo, yo también tengo trabajo. Aquí está. Pongo las cosas aquí. Y venís. ¿No?:¿No vas a bajar?

Serafín no le responde: simplemente allí, en lo alto, de espalda, continúa con sus trapos contra el vidrio.

Está bien, como quieras. Pensaba. No sé que te va a parecer, Serafín. Si buscase, como título, tal vez, el nombre de un poema de mi primer libro. Como si cada verso volviese a escribirse y a irradiar una palabra igual, pero distinta, ¿me estás escuchando?: que el libro se llame como el primer poema, del primer libro. Es decir.

Y Fijman se levanta y deja el tarro y la galleta de Serafín de modo que este pueda recogerlo.

Es decir, la primera palabra, única palabra, que se ha dicho desde siempre y que todos, lo sepamos o no lo sepamos, estamos destinados a compartir:

"¿A quién llamar?

¿A quién llamar desde el camino tan alto y tan desierto?

Se acerca Dios en pilchas de loquero y ahorca mi gañote con sus enormes manos sarmentosas; y mi canto se enrosca en el desierto. ¡Piedad!"

Entonces todos se acurrucan alrededor de esa voz primera, los que comprenden y los que no comprenden, Serafín, esa voz es para todos, sin distinción, los que vivimos aquí adentro, los que viven en lo que está adentro de las demás partes. Todos, sin excepción. ¿Por qué habría de hacer excepciones? Entonces, yo he pensado que el Canto del Cisne está bien:

"Demencia: el camino más alto y más desierto."

El desayuno se te va enfriar, Serafín, y lo que yo tengo que hacer es quitar esto y después, enseguida, buscar mi papel.

Fijman saca su valija marrón 80 x 60 de debajo de su cama.

Y mis lápices y abro y busco

En ese momento la claridad desaparece, lentamente.

Entra el Padre de Fijman y detrás, la Madre

PADRE: ¡Deje eso donde estaba!

Déjelo, le digo.

La valija no es suya. Todavía no es suya.

Usted va y la deja donde la encontró.

MADRE: Haga lo que le dice su padre, hijo.

Jacobo.

FIJMAN: No.

Es mía, también. Y yo la necesito, ahora.

PADRE: ¿Qué es suya, me está diciendo?
FIJMAN: Me voy.
PADRE: ¿"Se va"?
MADRE: Jacobo
FIJMAN: Me voy. Padre. Siento que me ha llegado la hora y que ya no puedo seguirlos.
PADRE: ¡Usted no deja esta casa!
MADRE: Arón.
PADRE: No intervenga, Nidja. Nosotros sabemos cuándo usted puede dejar su casa. Cuando se necesitó, se lo mandó a Mendoza.
FIJMAN: Pero usted ya había muerto, padre. Y después cuando me volvieron a traer aquí, a Lobos, hacía 5 años que usted ya no estaba.
PADRE: ¡Este es su lugar, ahora!
MADRE: Me voy a quedar sola. ¿Sola? Si tu padre ya se estaba yendo cuando vivíamos en Choele-Choel. Él ya se iba. Y usted, Jacobo, era pequeñito. Era hace catorce años, en 1903. Arón se iba por las mañanas, con los otros dejaba el campamento del ferrocarril.
PADRE: Deje la valija en el suelo, hijo.
Hijo.
MADRE: Y su padre iba con los durmientes y el hierro, para regresar a la noche. Y nunca nadie allí sabía decirme. Y las otras mujeres contaban que los hombres volverían cuando del Este llegara la primera locomotora.

FIJMAN: Es a Buenos Aires, que voy.
PADRE: ¡Cállese!
MADRE: ¿La primera locomotora? No, nadie sabe nada del ferrocarril del sur. Y el viento corre, corre. Y hay que asomarse para ver al padre que llega, con lo demás. Y de noche, los lobos. ¿Oye?
FIJMAN: Continuaré el estudio, en Buenos Aires.
PADRE: ¡La casa!
FIJMAN: Iré a las bibliotecas. Y trabajaré. Y estudiaré.
MADRE: ¿Sola? Tu padre ha muerto y qué puedo hacer.
FIJMAN: Y tendré un buen trabajo y a fin de mes mandaré dinero. Y nada va a faltar en la casa.
PADRE: ¡Cállese!
MADRE: Llegaba el invierno y la nieve se mezclaba entre los durmientes y el hierro. Las vías quedaban siempre abiertas como si estuviesen cansadas de esperar que llegase la locomotora y Jacobo corría por el campamento y allí iba, mi pequeño, mi pequeño hijo, saltando de un durmiente al otro, abrigado, así, y yo le había tejido, oh, una bufanda larga, ¿recuerdas, Arón?, y se la envolvía en el cuello, pero lo que no puedo acordarme es de qué color: estaba la nieve entre la madera gris y allí corría contra el viento, mi pequeño Jacobo, envuelto en su larga bufanda que ya no sé qué color tenía. Pero sí recuerdo, cuando se reía, porque ya estábamos todos en la mesa y la sopera humeaba.

PADRE: No me pidas que cante, Jacobo.
No voy a cantar porque te estás portando mal. Y mañana tendrás que ayudarme en la tienda. Y cuando crezcas la vas a dirigir conmigo. Ahora, vaya a dormir.

FIJMAN: No. No me voy a dormir. Me voy a Buenos Aires. Les voy a contar algo que nadie sabe. Voy a estudiar violín. Y con el violín, voy a ser concertista. En los teatros donde la gente guarda silencio para escuchar. Y voy a escribir libros. Y poemas. Y la gente, después, va a comprar mis poemas y los va a estudiar en silencio, como cuando escuchan mi concierto en el teatro.

PADRE: ¡Vuelva aquí, Jacobo!

MADRE: ¿Sola?; vas a tomar frío, hijo. Y el cielo está bajo y las nubes bajas. Y no hay viento, porque va a nevar; Choele-Choel está muy lejos de Besarabia, pero, tampoco sé qué lejos está; por eso póngase lo que ha tejido su madre; vaya a buscar a su padre, dígame que la cena está lista. Y siéntese, y deje de quitar la miga al pan, porque si no después el pan tiene la forma de un animal que anda por la noche, y deje de esconder la miga, Jacobo, porque la miga no es ni arbusto ni piedras para tirar en el río.

FIJMAN: ¿Oye, madre? Schhh... es la música. Los asistentes abren el programa y leen

PADRE: ¡Vuelva, aquí!

MADRE: Jacobo.
Jacobo.
Mi niño.

El Padre y Fijman han desaparecido.

Vuelve a encenderse la única lamparita que cuelga del techo.

Los padres desaparecieron.

FIJMAN: "¡Canción de Florista!"

El poeta lee

"Dos ríos verdes que nacen de la pata de una flor violeta.

La soledad que llama es soledad..."

¿Serafín?

Pero Serafín no responde.

"... de la antigua campana:
pascuas y soledad,
una sangre de heridas
y una fiesta de viento
de tres hojas sufrientes
y tres días de muerte..."

Vuelve el griterío feroz y desencajado. Entremedio se escuchan los llamados de auxilio del Quijote, que es empujado por dos enfermeros. Detrás llegan el médico y la enfermera.

QUIJOTE: ¡Atrás!

¡Atrás, os digo! ¡Quitaos! ¡Salid!

Los enfermeros tratan de someterlo, arrastrándolo a una de las camas. Fijman no ha advertido nada. Está abstraído, corrigiendo sus poemas. Serafín continúa su trabajo.

Tenelo.

¡Rápido!

La enfermera prepara una inyección, con el médico.

MÉDICO: Listo.

Ahora lo sujetan bien.

El médico cierra su maletín, la enfermera coloca la inyección al Quijote.

QUIJOTE: Ah, cobardes.

Cobardes...

El Quijote duerme.

MÉDICO: Atenlo

¡Enfermera!

La enfermera se va con él. Después los enfermeros.

Oscuridad

Entre la penumbra se reconoce al Guardiacárcel y, recostándose sobre la mesa, una mujer: es Apolonio el Entrerriano, joven, bella, sensual.

APOLONIO EL ENTRERRIANO:

Yo sé quién es el hombre. Yo sé quién es...

GUARDIACÁRCEL:

¿Quién, Apolonio, quién?!

APOLONIO EL ENTRERRIANO:

Schh, es mío. Lo quiero para mí. Que me lo traigan y me lo dejen; yo solita, con el, quiero saber de qué es capaz. Él, que anda de noche, por los techos en busca de una hembra para enamorar; él, que me roba mis marineros porque mis chicas se cruzan de piernas y no quieren trabajar, cada vez que llega con su libro y grita en la puerta un verso ¡para que algunas recuerden de qué color es la carne que transpira!

"El timbre de mis ojos esparce intimidad": ¡Que me lo traigan digo y que me lo dejen aquí, aquí!

EL CARCELERO:

¿Adónde lo buscamos, Apolonio!?

APOLONIO EL ENTRERRIANO:

Vayan a las esquinas, cerca de la estación Constitución, allí donde él predica: "El dolor es agua que no se pierde! ¡Aquí no hay un solo corazón alegre!"; y todas lo siguen, mis muchachas, meten sus monedas en las braguetas de los desocupados y van a mirarse el rostro en el río y en la costanera él les señala el horizonte y gime: "han caído mis esperanzas como palomas muertas". Yo que las traje, yo que les di trabajo,

yo que les enseñé una profesión lucrativa, ¿dejo que un pirata, un malnacido, sin patria ni destino las trastorne?, nadie se mete en terrenos de Apolonio el Entrerriano, nadie me quita el negocio; ¡encuéntrenlo!; nadie va lavar su sexo, aquí, por un puñado de versos malolientes! Vayan todos cuando caiga la noche, quítenle su libro y tráiganlo, que nadie se desnude esta noche!

Oscuridad

Fijman continúa corrigiendo su poema. Serafín observa al Quijote con curiosidad.

FIJMAN: Ahora sí, Serafín, escuchá:
"Con un cielo en la estrella
En la flor y la tarde
En la antigua campana
De una fiesta de muerte!"

Fijman vuelve a escribir, completamente abstraído. El Quijote, que ha despertado, reconoce sus puños atados al respaldo de la cama. Serafín baja por la escalera.

EL QUIJOTE: ¡Traidores! ¡Déjenme!

Pero no puede quitarse las ligaduras.

Si vuestra merced puede ayudarme, que ha sido esta gente, sabe usted, estos que han sido enviados

contra mí, bellacos, ladrones, han osado, se han atrevido, a detenerme...

Pero Fijman continúa en su mundo de creación. Serafín trata de articular palabra, alertándolo. Sin embargo, Fijman continúa abstraído.

FIJMAN: "Los bosques se ocultaron en el magno desierto
El cuerpo omnipotente de una niña de tierra
Trae el fuego del mundo
Y tú, beata..."

QUIJOTE: Beatos los poetas, señor.
Estaba yo en casa de don Diego de Miranda, cuando allí conocí a su hijo, don Lorenzo, el estudiante, autor de este soneto de la historia de Pramo y Tisbe, que así concluye:
"Salió el deseo de compás, y el paso
de la imprudente virgen solicita
por su gusto de muerte; ved qué historia
que a entreambos en un punto, ¡Oh extraño caso!
los mata, los encubre y resucita
una espada, un sepulcro, una memoria!

Fijman lo ha escuchado y corre a quitarle las ligaduras.

Sí que recuerdo a aquel estudiante, señor. Sí que lo recuerdo. Y ahora, vuestra merced, venid en mi ayuda y quitadme estos ligamentos, que ya estoy en tardanza...

No le es fácil a Fijman desatarlo

FIJMAN: Vení, Serafín. ¡Te necesito!

Serafín no responde. Comienza a subir a sus ventanales ennegrecidos.

QUIJOTE: ...Y para que vuestra merced que luego de aquel buen alojamiento que mi escudero Sancho y yo tuvimos en el castillo de don Diego, anduvimos por las bodas de Camacho Quiteria, él tan rico como ella hermosa, y tuvimos de estar presentes...

FIJMAN: ¡Serafín, bajá!

QUIJOTE: ...Cuando unas danzantes, ocho ninfas, aparecieron en una representación; eran ocho, sí, y estaban repartidas en dos hileras; la una, guía del dios Cupido; la otra, guía del Interés. Pues he de decirle a vuestra merced que las que seguían al Amor, llevaban sus nombres por la espalda; que la primera de ellas era Poesía; la segunda era Discreción, la tercera...

El médico los observa. Serafín limpia sus ventanales.

MÉDICO: Fijman.
Retírese, Fijman.

Fijman continúa, sin hacerle caso:

FIJMAN: ¿La tercera?

QUIJOTE: La tercera, buen linaje, y la cuarta, señor...

MÉDICO: Deje eso, Fijman. Me entiende. Vaya, váyase a la cama y deje eso para nosotros, le estoy diciendo.

FIJMAN: ¿Y la cuarta?

QUIJOTE: Valentía. Luego a esas les seguían las ninfas del Interés, como le he dicho a usted. La primera de todas era la Liberalidad; la segunda, Dáviva; luego, la tercera, era la así llamada Tesoro, y la cuarta... ah, la cuarta...

MÉDICO: ¿Fui bien claro, Fijman? Usted me está oyendo, ¿no es cierto? Tiene que saber a quién debe escuchar. Hace rato de eso, ¿verdad que sí? Entonces, se lo advierto, no voy a esperar a que...
¡Enfermera!

FIJMAN: ¡La cuarta, diga!

Llega la enfermera.

ENFERMERA: ¿Doctor?

MÉDICO: Espere.

Fijman, no vamos a empeorar las cosas. Basta de dificultades, y usted lo sabe perfectamente. Usted no tiene dudas, Fijman. ¡¿Fijman, me está oyendo?!
¿Y la cuarta?, ¡dígamelo, que él, allá arriba, también lo oiga!

FIJMAN: ¿Un brote, doctor?

ENFERMERA: ¿Un brote, doctor?

MÉDICO: Está bien, Fijman. Usted me está haciendo las cosas difíciles. Nada menos que usted, que yo

creía alguien en quien confiar.

Prepare, enfermera.

FIJMAN: ¿¿Cuál es?!

QUIJOTE: ...Pues si vuestra merced quiere saberlo...

MÉDICO: Cállese, Saavedra. ¡Dosis de refuerzo, enfermera!

QUIJOTE: ...La cuarta de las ninfas era... ¡Posesión Pacífica!

Fijman lanza su descomunal carcajada.

FIJMAN: ¿Oíste, Serafín, oíste?!

MÉDICO: ¡Deténgase, enfermera!

¡Eso! Quieta. Quietita.

ENFERMERA: Pero, doctor. Ya la tengo preparada. Está lista.

MÉDICO: No. Está obedeciendo.

Fijman no puede contener su risa.

Observe. La reacción. Está comprendiendo.

ENFERMERA: Pero, es una pena.

MÉDICO: Guarde eso. En estos casos, es mejor la persuasión. Conversar con el paciente. Yo le expliqué y él sabe en qué consiste la indicación que yo le acabo de formular. Mírelo. Ya está. Está bien, Fijman. Cállese. Le voy a explicar. Lo que ocurre es que... bueno, cálmese, si no voy a tener que, qué vergüenza, Fijman, con lo que nos conocemos usted y yo, decirle a la enfermera... no, claro que no, ¿qué le pasa?, ¿la debilidad, es?, venga, acuéstese, recuéstese y repose, no hemos tenido otro remedio que traérselo, pero ya se lo

sacamos, en cuanto... vea, Fijman: este es Saavedra. La Federal lo trajo de...

Lo encontraron en la mañana, ¿sí?; se lo retiramos mañana a primera hora y lo metemos en el pabellón D.

QUIJOTE: ¿Has acabado tu arenga, has acabado con tus términos rústicos?

MÉDICO: Es que no tenemos lugar. Pero, Fijman, usted ya los conoce...

QUIJOTE: ¿Quién eres y qué murmuras?

MÉDICO: Descanse. Usted ya los conoce. Hay que tener un poquito de cuidado, nada más; le va a pedir que lo desate, siempre le piden lo mismo. Siempre inventan cosas para que los demás se sientan obligados. ¿Pero con quién uno debe sentirse obligado, Fijman?; ellos, simulación de por medio, saben eso, saben bien, conocen, ése es su proceso y su procedimiento.

QUIJOTE: ¡No repare vuestra merced en los que blasfeman!

MÉDICO: Guarde todo, enfermera. Saavedra, no molestes al señor, ¡que entienda aunque sea esto!, porque si no, no va ser el D, Si no, te dejo en la Salita. ¿Vos ya conocés la Salita, eh?

FIJMAN: ¡Váyase!

MÉDICO: ¡La Salita, Fijman! ¡Cuéntele cómo lo atienden en la Salita!

Quedamos de acuerdo, Fijman.

FIJMAN: ¡¡Fuera!!! Serafín, venía ayudame.

El médico y la enfermera se retiran.

*Fijman corre nuevamente a desatar al Quijote.
Serafín comienza a bajar su escalera.*

Oscuridad.

El Guardiárcel, entre la penumbra:

GUARDIACÁRCEL:

¡Tráiganlo! ¡¿Me oyen?!

¡Apolonio!

¡Me lo traen aquí y avisan a Apolonio el
entrerriano!

Dos guardiacárceles traen a Fijman, maniatado.

Ustedes se quedan ahí. Vos vení.

¿Dónde estaba?

Uno de los captores le susurra algo al oído.

Ah, sí.

Apolonio dice bien. Grande, Apolonio. Conoce
todo. Para que esta gente desaparezca.

Vení, acá. A la luz.

¿Desde cuándo llevás ese libro vos, molestando
por los quilombos?

¡La luz!

Entre la sombra aparece Apolonio, canta:

APOLONIO EL ENTRERRIANO:

"Pasos furtivos/ en el hueco de mi ser; / yo soy el
prometido, el anunciado/ Amor alégrame el
camino..."

¿Dónde está, por qué se la quitaron?

Uno de los guardias se va.

Sacale eso, de las manos. Así que sos vos el que
enloquece a mis mujeres, el que se las lleva al río
y les saca el pañuelo del cuello para que no
puedan trabajarme. ¡El pañuelo, para que los
estibadores crean que mi mercadería no es de
carne, ni de sirenas!

*Una patada en el pecho de Fijman, que cae de
rodillas. Vuelve el guardia con una larguísima capa y
guantes.*

¡Ahí está, es tuya!

¡Es tuya! O no sos vos el loco que estos
encontraron por Constitución recitando versos
en la vereda y contagiándole la risa a mis niñas.
¡Pónganle eso!

Los dos guardias visten, entre forcejeos, al poeta.

Sos vos, eh, las noches de media luna, que te vas
a parar delante de mis casas y amenazás a los
maridos, a los lugartenientes, a los oficinistas, a

los terratenientes y gritás para que crean que la mancha roja de la luna sobre Buenos Aires es una mancha de sífilis.

El poeta ha buscado refugio en algún rincón. Con otro golpe, los guardias lo empujan hasta los pies de Apolonio.

Levantate. Vas a decirme el verso ese, con el que tienen orgasmo de adolescente mis mujeres. Levantate. Acá tenés tu libro.

Otro golpe, y otro.

¡Decí!: ¡Decí, porque de aquí, no salís vivo!

FIJMAN:

"Amor

Hízome calles de esperanza
que oprimieron tus manos de alegría
sus máscaras de aromas pusieronme los astros
en las músicas negras que miran lentamente
mi soledad de túnel olvidado.

Y todavía el muelle

de mi ser bosteza;

yerra mi angustia

dando vueltas y medias-vueltas

como barricas.

Hasta que al fin, se romperá algún día
mi corazón, como un ladrillo."

APOLONIO EL ENTERRERIANO:

¡Basta!

¡Guardia! Un acta para éste: ¡Al Hospicio!

¡Ponga, ahí!

Buenos aires, 17 de enero de 1921.

Institución de Detención de Villa Devoto, año santo. Muy apreciado Sr. Director del Hospicio de las Mercedes: con la finalidad de erradicar la insania de las veredas, cúmpleme presentarle al portador de la presente, poeta de tinta añeja y amarillenta, cuyo nombre figura, bajo reserva de usufructo, en las páginas inmortales de la rapiña.

¡Llévenselo!

Fijman, retrocede y escapa.

Oscuridad.

Fijman está al lado del Quijote, quitándole sus ligaduras. Serafín lo ayuda.

FIJMAN:

A ver, Saavedra. Permítame, quédese quieto...

QUIJOTE:

¡Atrás! ¿Cómo se atreve a llamarme así? ¡¿O sois también parte de los malignos seres, de aquellos magos que me persiguen?! Sabed que "salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entregueme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos días que,

tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia...

FIJMAN: ¡¿Treinta mil?!
QUIJOTE:

...y eso no es nada, porque lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, o en una sola, digo que soy...

FIJMAN: Quieto, Saavedra. Quieto. ¡Que así no puedo desatarlo...!

QUIJOTE: ...digo que soy Don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el Caballero de la Triste Figura...!

Vuelve a escucharse ahora el griterío del hospital.

¡¿Los oís, señor?! ¡Por todos los sitios me reconocen!

Y, ahora, dese prisa vuestra merced, que llevo retraso. ¿Qué acaso no es vuestra merced un bachiller poeta?

FIJMAN: Ahora, cállese, Saavedra: el hospital está lleno de ahorcados.

Silencio. Vienen.

QUIJOTE: ¡Mis armas!

FIJMAN: No hay armas, aquí. Nosotros no tenemos armas. Nosotros, no.

Llega la enfermera. Trae una chaqueta gris. Idéntica a la que usan Fijman y Serafín.

ENFERMERA: Ya veo, ya veo, están mejor, calmaditos. Saavedra, aquí está, lo mandan los del B. Dicen que para que no se olvide de ellos. Dicen que lo esperan, que aquello sí que es vida, Saavedra. Pero nosotros, el doctor y yo, que lo cuido, que los cuido a todos ustedes, no quiero que vuelva ahí, porque yo sé que usted puede, Saavedra. Que usted sabe y puede. Y que en el fondo, ya no hace falta más al pabellón B. ¿Qué está haciendo, Fijman?, ¿otra vez?

FIJMAN: Haga silencio. Trabajo. Deje lo que trajo y retírese.

ENFERMERA: ¿Qué es? ¡Muéstreme!

FIJMAN: ¡Serafín, que se vaya, nadie toca mi obra!

Serafín lanza exclamaciones incomprensibles a la enfermera.

ENFERMERA: Para el baño, Saavedra.

FIJMAN: ¡Fuera de aquí!

La enfermera se va.

QUIJOTE: Daos prisa, mi señor. He de continuar mi

camino. He de abandonar esta posada encantada para continuar socorriendo a los vivos y a... ¿cuál es vuestro nombre?

FIJMAN: Jacobo Fijman.

QUIJOTE: Pues yo sabré premiar vuestro esmero, don Jacobo. Que es hora ya que retome mis senderos.

Fijman termina de quitarle los lazos.

Ah, pues así está bien, amigo poeta. Tengo que andar, todavía, para llegar a mi aldea

Otra vez, el griterío que impregna el aire.

FIJMAN: Nada dicen.

¡Aquí, no hay duques!

Y estamos en el hospital, qué otra cosa:

¡Serafín, ya llegan!

Y, sépalo, escúcheme bien, atentamente, que ya no hay tiempo: una vez, en Madrid, hace muchos años, unas monjas me llevaron a conocer la caja de don Miguel de Cervantes. Ellas trajeron la caja y la pusieron así, en posición vertical. Entonces, yo le di la mano al padre del Quijote.

QUIJOTE: ¡No! ¡No es verdad!

FIJMAN: Sí. ¡Decíselo, Serafín!

Y yo quiero que usted lo sepa. ¡Quiero que lo comprenda!

Y su mano estaba en un estado de completa descomposición. Pero no tenía ni mal olor.

¿Qué Serafín, ya están aquí?

Escúcheme, es lo que le digo: ni mal olor. Ni nada. Únicamente estaba llena de polvo la mano. De cenizas. Por aquello mismo de las escrituras.

¡Cervantes estaba lleno de telarañas!

QUIJOTE: ¿Madrid? ¡Por qué me habla usted de Madrid si no es de allá de donde ahora vengo! Y no comprendo lo que decís: sepa usted que yo partí de Barcelona, que de allí me he marchado. Y es que mi escudero me ha abandonado.

FIJMAN: ¡Tampoco! ¡No es cierto! ¡Las monjas guardaban la caja de Sancho Panza!

QUIJOTE: ¡Hachas y no cajas! Hachas casi cien, puestas en sus blandones, que ardían y que daban la luz del día y en medio del patio se levantaba un túmulo sobre el que se mostraba un cuerpo muerto de una hermosa doncella. Y todo aquello era un teatro, y allí subieron los duques y luego...

FIJMAN: ¡Atrás!

Entran el médico y la enfermera.

ENFERMERA: Poniéndose en fila: la ducha.

QUIJOTE: ¡Mis armas, don Jacobo!

FIJMAN: ¡No hay armas ni están prestas, señor hidalgo!

¡Atrás! ¡Váyanse inmediatamente!

MÉDICO: No entorpecer, Fijman. No inmiscuirse. Este no es un problema suyo!

FIJMAN: ¡Allá arriba, vaya allá!

El Quijote le hace caso. Se sube al respaldo de una de las camas. Se apropia de un urinal.

QUIJOTE: ¡Qué a falta de lanzas buenos son cencerros, don Jacobo!

Y el urinal vuela por sobre la cabeza del médico.

MÉDICO: ¡Enfermera!

Entonces la enfermera corre hasta la mesa donde está la obra de Fijman. Recoge una gran cantidad de hojas, algunas se dispersan por el suelo. La enfermera sale, llevándose los poemas. Fijman corre tras ella.

FIJMAN: ¡Mi libro!

Serafín continúa su trabajo pero con más nervios: subió por su escalera, asustado.

QUIJOTE: ¡Los he reconocido! ¡Sé de lo que son capaces!; id y decidle a aquel de la usanza blanca, el vuestro caballero de la Blanca Luna, que no he de faltar a mi palabra: ¿Qué habéis pensado?; un caballero en nada se parece a vosotros, encantadores y hechiceros. ¡Haríais mejor en recogeros a vuestras estancias!

MÉDICO: Baje, Saavedra. Las cosas son así usted ya me conoce, claro que me conoce, nos conocemos bien, los dos. Quítese eso que lleva puesto. Y se

me pone esta muda que le han mandado del B. Basta de simulaciones, Saavedra.

¿Me escuchás, Saavedra? ¿No nos conocemos acaso?

Ya te has calamado, ¿no es cierto?

Sacate esa ropa, que no es ropa. Sacate esa porquería de arrastrarte por ahí y mostrale a tu médico cómo se te enseñó a desnudarte para la hora del baño. Primero te sacás eso. Después te sacás el pantalón. No vamos a tolerar tanta mugre aquí.

Quijote se desnuda, solo, sin que nadie lo ayude, los del B ya saben como es, por eso le mandan su chaqueta.

¡Sáquese!

QUIJOTE: Eso no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido, y jamás remendado; roto, bien podría ser, y el roto más de las armas que del tiempo. Vosotros, sabios encantadores, donde quiera que esté la virtud la perseguís. ¿Qué decís de mi valentía, qué?, ¡qué mis hazañas, oíd!

MÉDICO: ¡Estoy ansiosos, Saavedra!

El griterío vuelve, como una oleada lenta.

QUIJOTE: "... y qué de mi cortesía. ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden de caballería?! ¡Qué

si a los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrían!"

MÉDICO: ¡Seguí!

QUIJOTE: Y es que vosotros, pérfidos encantadores nada sabéis en el fondo, porque esto que está aquí, esto que vuestra ignorancia me entrega

Y el Quijote, termina, ahora, de desnudarse.

¡es mi armadura!

Entran, en ese instante, los enfermeros, y bañan al Quijote con el chorro de una manguera.

Oscuridad.

Fijman entra, corriendo. Entre la penumbra se reconoce a los miembros del tribunal. Todos ellos: la enfermera, los enfermeros, esperan al Presidente de la Corte, el médico. Luego que él ocupa su sitial, Serafín se desliza hasta un rincón, para presenciar el juicio.

JUEZ: ¡Jacobó Fijman!

FIJMAN: Soy yo.

La enfermera muestra las hojas con los poemas.

ENFERMERA: Es él.

JUEZ: ¿Este, el peticionante? ¿Usted, el argentino mendigo delante del convento, que se descalzó y se quedó allí esperando que el portal se abriera cuando todas las puertas de la vieja Bruselas se cerraban a su paso? Ya lo reconozco, sí. Y bien, señores del jurado, estoy a favor de que esta criatura piadosa ingrese en el convento. Estoy de acuerdo con que los benedictinos le abran su corazón a este siervo que llega de tierras tan distantes. De Buenos Aires, ¿verdad? Ponte de pie, hijo.

FIJMAN: De Buenos Aires, padre. Es mi segundo viaje. Había estado en Europa, en 1928. Pero no pude olvidar el horizonte del mar, ni los días sobre el océano sobre ese armazón descolorido que busca la senda de los naufragos entre las babas de sal. Mi segundo viaje, así es y yo he visto cómo el humo de las chimeneas va dejando, a medida que avanza, detrás suyo, el nombre que escriben las novias con el gesto de sus pañuelos. En el primer viaje, tuve la oportunidad de conocer España y, por vez primera, pisé tierra francesa. Pero en París, las gentes venden su alma a las palomas por un puñado de castañas y las mujeres que duermen a la orilla del Sena meten la mano entre la escarcha porque con tres dientes de niños prematuros pueden ganar un asiento en el cinematógrafo. En Buenos Aires estudié y trabajé y fui periodista. Además, obtuve mi título de profesor

de francés en el Profesorado de Lenguas Vivas. Pero soy músico y estoy dedicado a la poesía. Y yo encontré, una tarde, en diciembre del año pasado cuando me encaminaba a entregar una colaboración para una publicación, el diseño de la gran plaza de Bruselas, en el pasamano izquierdo que sale de una estación del subterráneo. Entonces supe que ustedes sabrían escucharme. Pronto llegará el invierno y quiero, padre, con su bendición, ordenarme sacerdote.

JUEZ: Mi corazón, hijo mío, te ha escuchado. Y ya no tendrás que esperar a las puertas de nuestra casa, entre el viento frío que avanza hacia el norte. Hermanos, he aquí a un nuevo hermano. El tiempo de la reflexión y la penitencia golpeará de nuevo en cada celda, porque hemos de recibir en nuestro corazón, a nuestro igual, Jacobo, en nuestra misión. Ponte de rodillas y di conmigo: El Padre, el Hijo, el Espíritu Santo

FIJMAN: El Padre, el Hijo, el Espíritu santo

JUEZ: ... son una misma y única persona

FIJMAN: ... son... una misma y única persona...

ENFERMERA: ¡Detengan la ceremonial!
¡Los fariseos llegan hasta las mismas puertas de nuestros conventos!: ¡Jacobo Fijman, el judío, es autor de este manual de mentiras y sacrilegios!

JUEZ: ¿Qué es eso?

ENFERMERA: ¡Fue encontrado en su morral, atado con cintas púrpuras! ¡Manual satánico de blasfemias!

JUEZ: ¡Silencio en la sala! ¡Dime, Jacobo, si eres judío!

FIJMAN: Soy judío, padre, convertido a la religión católica, fui bautizado en la ciudad de Buenos Aires.

Se oyen murmullos de desaprobación.

JUEZ: Silencio, nada he dicho todavía.

Jacobo. ¿Eres el autor de este libro?

ENFERMERA: No contesta. Perteneces a una secta de iniciados y saltadores de caminos. ¡El herrumbre le moja la garganta y no va a hablar!

FIJMAN: Es mi tercer libro, lo comencé a escribir aquí, mientras esperaba y las hojas de otoño se esparcían como panes. Creo en Dios padre.

ENFERMERA: ¡Basta!

Los murmullos crecen.

JUEZ: Lee. Ten.

FIJMAN: Este será el poema 27. El libro se llamará "Estrella de la mañana":

"Palomas blancas, palomas rojas, palomas
blancas,

Ave María

Mana la sangre del Cordero

Desde el pavor de todo en todo, desde el
pavor de nada en nada.

Pavor y sangre, sangre y pavor;

Palomas blancas, palomas rojas, palomas
blancas.

Niño de paz
sé lo que sé de Cristo
niño de paz, las viñas han crecido todo
pavor de todo bajo la nada.

Me ciñe a su hermosura todo pavor de todo.
Niño de paz
paso de sí a la visión de las rodillas grandes
bajo la nada."

ENFERMERA: ¿Y bien, padre nuestro?
Los murmullos de desaprobación crecen.

JUEZ: ¡Sea!, traigan los leños y la paja, traigan la rueda y
armen el montículo en el patio interior que
nuestra misión sea cumplida, por la gracia del
altísimo; ese fuego prohibido arderá en el fuego
celestial; átenlo, que no escape la hoguera nos va
librar de él; cierren los canales, den aviso a los
fogoneros, encierren a los púberes; nunca saldrás
de este patio y tus cenizas serán llevadas con los
esclavos del Congo, ¡para quemar los ojos de los
brujos!! ¡Adultera las escrituras!

ENFERMERA: Cuidado, va a escapar. ¡Cuidado, deténganlo!
¡Arranca hojas de la Biblia!
Fijman escapa, llevándose su libro.

Oscuridad.

*Fijman en la habitación del hospicio, llega con sus
poemas. El Quijote, vistiéndose, trata de
esconderse. Serafín continúa su trabajo, ahora más
lentamente.*

FIJMAN: Saavedra.
No obtiene respuesta.

Saavedra.
Silencio.

Señor el Quijote.

QUIJOTE: Eh.
FIJMAN: Encontré mi libro, ¿sabe?; se lo habían llevado,
iban a prenderle fuego. Ahora, ya no me queda
demasiado tiempo.

Reúne las hojas dispersas por el piso.

Mi cuarto libro, el último, ¿hace ya cuánto que
comencé a escribirlo, Serafín? No lo sé. Veinte
años, tal vez. Tengo que apurarme. Tengo que
poner todo esto en orden, debe adquirir ya una
forma definitiva. Es urgente, urgente.

QUIJOTE: Y yo también he de darme prisa. ¡Tengo que ir a

mi aldea! ¡Sin tardanza!. Estando con mi escudero en Barcelona, una mañana salí a pasearme por la playa, armado

Fijman continúa escribiendo.

con todas mis armas y en eso veo venir hacia mí un caballero, de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente. Y él me dijo: "Insigne caballero y jamás como se debe alabado, don Quijote de la Mancha, yo soy el caballero de la Blanca Luna, cuyas inauditas hazañas tu habrás escuchado; vengo a contender contigo y a probar la fuerza de tus brazos, en razón de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso. Si tu confiesas esa verdad, me dijo, excusarás tu muerte y el trabajo que he de tomar en dártela; si tu peleares y yo te venciere no quiero otra satisfacción sino que, dejando tus armas y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires a tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano a la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y a la salvación de tu alma..."

¿Me estás oyendo, don Jacobo?

Pues, es que finalmente me venció. Y yo, don Jacobo, que hice lo que pude en ese combate, ahora estoy aquí, porque si perdía la honra, no perdí, ni puedo perder, la palabra.

Fijman lo interrumpe.

FIJMAN: ¡Escuche! ¡Cuando termine mi libro él va a aparecer por esa puerta!

QUIJOTE: ¿Él?

FIJMAN: Él, sí, oiga sus pasos, ya está ahí, ya va a aparecer. "¿Quién es?

¡Responda!

Soy yo. El Editor.

Ah, ¡lo sabía!

¿Tiene su libro terminado?

Casi. Estoy escribiendo el último poema.

Qué título lleva el libro.

Ah, ese es un secreto.

¡Déme el libro!

¡Atrás!: ¡No!

Habíamos convenido, Fijman, habíamos establecido que, ¿no se acuerda acaso? Entonces, vengo a buscarlo. Hemos acordado que se le dará lo que usted ha pedido. Pero usted nos entrega los poemas.

¿Lo que yo pida, sea lo que sea, usted me lo va a dar? Por supuesto. Lo que usted me pida, Fijman.

Ahora déme el libro. Démelo. ¡A nuestra editorial, una editorial de gran importancia en el mercado, de gran importancia, trascendencia y renombre, le interesa publicar sus versos!

¡Retírese!

QUIJOTE: ¿Que se retire? ¿Pero no lo ha oído vuestra merced? ¿Que lo que pida le será dado? ¡¿Qué le va pedir, don Jacobo?!

FIJMAN: ¡Ah, es un secreto!

¡Señorita, acompañe al Editor hasta la puerta!

Ahora, el griterío vuelve a hacerse presente. En un momento se escucha.

¡Un motín! ¡Los enfermos se han amotinado!

QUIJOTE: La hora ha llegado, don Jacobo. ¡Es la primera hora del día y yo debo prepararme para partir! ¡Oíd, don Jacobo, me reclaman!

FIJMAN: "¡es muy larga la noche del corazón!"

QUIJOTE: Los gigantes, otra vez, don Jacobo: "¡No fayades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete!"

FIJMAN: ¡Quieto!

Ayuda, Serafín.

Serafín descende.

QUIJOTE: ¡Allá voy, criaturas!: Mi camino se abre, lo veo delante de mí: "Pues, aunque mováis más brazos

que los del gigante Briareo, ¡me lo habéis de pagar!" ¡Déjenme! ¡A ti me encomiendo, mi señora, la emperatriz Dulcinea de Toboso!

El Quijote escapa.

FIJMAN: "Bien dormía mi ser como los niños, y encendieron sus velas los absurdos."

Fijman busca debajo de la cama, el griterío ha ido en aumento reclamando qué comer, reclamando salidas y trabajo, encuentra su valija de 60 x 80 y saca un estuche de violín. Saca su violín, comienza a tocar. Serafín lo escucha fascinado. Sube la escalera. Entre las voces, se oye:

Atájenlo. Controlen las puertas, cierren los pasillos. ¡Enfermeros, enfermeros!

FIJMAN: "Huye la soledad, ¡Adiós Belleza!". Sonata.

Y hace escuchar una lenta melodía.

LAS VOCES: ¡Allá, él es el culpable! ¡Saavedra, otra vez, ése los manda, ése los organiza!

¡Atájenlo! ¡Por detrás, que se escapa, cuidado, protejan los techos!

La música ha alcanzado un clímax de gran lirismo. El griterío ha cesado lentamente.

Fijman está guardando su violín. El Quijote está junto a Serafín, se abraza a él:

QUIJOTE: Psh, don Jacobo. Eh, señor poeta. ¡Aquí!

FIJMAN: ¡Bájese!

QUIJOTE: ¿Cómo?

FIJMAN: ¡Salte!

QUIJOTE: ¿Desde aquí?

FIJMAN: ¡Vamos, salte!

Fijman toma una cama por el respaldo y la corre de un lado al otro buscando que, al saltar el Quijote, se amortigüe su caída.

Vamos, don Quijote.

Pero no obtiene buenos resultados. El Quijote va dar en el suelo, con una mala caída.

¡Don Quijote!

QUIJOTE: Calle amigo, que "no me quejo de dolor, porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida, aunque se le salgan las tripas por ellas".

FIJMAN: Debe esconderse. Ellos vienen.

Vamos, rápido. Debajo de la cama.

QUIJOTE: ¿Debajo de la cama? ¡Eso nunca!

A lo lejos se escucha a la enfermera.

¡Llamen al doctor, llamen al doctor!

FIJMAN: Venga conmigo. Aquí. Escondido. Eso es. Quédese quieto. No se mueva. Ahora yo pongo esto aquí y con esto de esta manera. Y todo está en su lugar. ¿No es cierto, Serafín? Y ahora,

vuelvo a mi trabajo. Serafín, el trabajo: mi libro. Mi último libro, un conjunto de poemas que retraten el hospicio, o que no retraten nada más que el calor indiferente de esa lámpara que ha aprendido a balancearse con los años, para aquí. O para allá, como los latidos de un corazón, tal vez. Es que, acaso, en el fondo del corazón, Serafín, ¿existe el miedo?, ¿es eso lo que vos pensás? ¿Es el miedo lo que hace que el corazón impulse la sangre por las venas?; ¿o es algo que está más allá del miedo, algo que es la indiferencia, como un pozo ciego dentro del cual, atraídos por una única gota de agua que no ha dejado de caer nunca, uno cree que va apagar la sed? El trabajo, Serafín, tengo que concluirlo; vendrá él, el editor, y me va a preguntar y yo me voy a levantar, voy a darme vuelta hacia él...

En ese momento ingresa el médico.

MÉDICO: ¿Dónde está?

FIJMAN: ¿Quién?

MÉDICO: Vamos, Fijman.

FIJMAN: ¿Cómo dice, Doctor?

MÉDICO: No me engaña, Fijman. Ni usted, ni todos estos simuladores me engañan. ¿Por qué, ustedes, todos ustedes, no terminan de darse cuenta de a quién tienen delante de sí?

FIJMAN: ¿Darse cuenta, doctor? ¿Darme cuenta de qué?

MÉDICO: De cómo son las reglas del juego.

FIJMAN: ¿Usted sabe, acaso, cómo son las reglas de juego, doctor? ¿Todos, aquí, usted, nosotros, qué sabemos, exactamente, de las reglas del juego?

MÉDICO: ¡Salga, Saavedra! ¿Dónde lo tiene Fijman?

FIJMAN: ¿Tengo, qué?

MÉDICO: Vamos, Fijman. Usted y yo nos conocemos ya hace muchos años. Sabemos quién es uno y quién es otro. Y usted no puede engañarme.

FIJMAN: ¿Y esa es la conclusión que usted saca después de todos estos años, doctor?: ¿A eso se limita su experiencia de todo este tiempo?

"He salido a buscar juguetes para los niños"

¿Y es eso todo, con lo que le dice su pericia, lo que usted puede sacar como conclusión?

¿Qué yo no puedo engañarlo? Eso es todo lo que puedo decirme desde aquel tiempo en que me trajeron aquí. Todo este tiempo que ha pasado, que se está yendo, ¿escucha?

Esto es lo que tenemos, por igual, sin embargo, usted y yo; ¡y esa es su razón, lo que lo sostiene, después de tanto tiempo?!

"El silencio le ha puesto al viento un candado de horas"

MÉDICO: Hágase a un lado.

FIJMAN: ¿Ya no me puede escuchar?

MÉDICO: No tengo tiempo.

FIJMAN: Ah, es eso. Usted tampoco ya tiene tiempo. Usted tampoco, ¿entonces?

MÉDICO: Mire, Fijman. Yo sé que él está aquí. Que usted le dijo que se esconda. Y yo, Fijman, aquí, no quiero más violencias. Más violencias innecesarias.

FIJMAN: No más violencias innecesarias en la posada encantada. Nunca más.

MÉDICO: ¿Se quiera o no se quiera, somos irremplazables! ¡Enfermera!

Saavedra está aquí: no vamos a molestarnos en revolver todo, ¿verdad?

La enfermera ya ha entrado.

MÉDICO: Lo encontraremos enseguida. Enfermera...

ENFERMERA: "Dónde está mi gallardo mancebo, estoy aquí, soy Dulcinea del Toboso"

Fijman lanza una carcajada terrible.

FIJMAN: ¡Serafín, es el encanto de la posada que desaparece!

ENFERMERA: "¿Dónde se ha escondido, mi valiente?"

El Quijote sale de su escondite:

QUIJOTE: ¡¿Quién es esta mujer ridícula que pretende hacerse pasar por mi señora?!

¡¿Quién, miserable, puede atreverse a tanto?!

¡¿Suplantar a mi reina, a mi señora, a mi enamorada?!

FIJMAN: ¡Ésta: la reina de los calmantes!
El griterío, ahora, anuncia el momento de la comida.

MÉDICO: ¡¿Estás oyendo, Saavedra?!

ENFERMERA: Te tenemos la sopita preparada ¡al comedor!

FIJMAN: ¡Déjlo!

Fijman trata de interponerse.

¡No! Quietos, les advierto, él se queda conmigo.

MÉDICO: ¡Enfermeros, enfermeros!

FIJMAN: ¡Déjlo aquí! ¡Aquí debe quedarse, con nosotros!

Llegan los enfermeros. Los enfermeros empujan a Fijman contra la pared. Fijman siente el durísimo golpe, pero reacciona volviendo a ayudar al Quijote que también se resiste.

Serafín ha comenzado a limpiar los vidrios con grandes movimientos violentos y, en este momento, rompe uno de ellos por la presión que ejerce. Se detiene.

FIJMAN: ¡¡¡Serafín!!!

Los enfermeros se llevan al Quijote. También se van el médico y la enfermera.

MÉDICO: ¡Llévenselo! ¡Me esperan en la salita! A la salita.

Serafín muestra ahora una de sus manos completamente ensangrentada. Se la mira, mira al vacío. No se queja. Por un solo y único instante su rostro ha expresado dolor.

FIJMAN: Serafín.
 ¡No, Serafín!

Fijman corre, desesperado buscando algo con qué cubrir la herida de Serafín. Encuentra algunos trapos. Está dolorido, enormemente cansado y sube, con enormes dificultades hasta donde está su amigo.

FIJMAN: ¡Ayuda! ¡Doctor! ¡Enfermera! Ayúdenme, Serafín se ha lastimado, la sangre corre por su brazo, ayúdenme, ayúdenme. Necesito que vengan; los necesito; está herido. ¡Serafín se ha herido, piedad!, ¡vengan, pronto!, pronto, Serafín, no te muevas, ya llego, ayuda, vengan, enfermeros, doctor, ya está, Serafín, ya estoy llegando, ya, te voy a curar, te voy a ayudar, Serafín... Serafín.

Fijman toma la mano ensangrentada de su amigo, la limpia, la envuelve con todo cuidado, con un vendaje improvisado pero que demuestra la falta absoluta de los medios adecuados.

La herida va a cicatrizar, Serafín. Mové el brazo, mové la mano, así, no va a ser un tendón, claro que no, un tendón no, una pequeña herida será, solamente eso, una pequeña herida para que deje una cicatriz, pero una cicatriz lejos de aquí, muy lejos, donde nadie la vea nunca, Serafín, donde nadie se acuerde, ¿sabés?, donde nadie tenga memoria o la memoria sea nomás el agua cuando se junta en las aceras y se lleva los barquitos de las

criaturas y ellos imaginan que el barquito va a llegar al mar, al mar grande que sonríe, Serafín, ven , no tomaste tu desayuno, Serafín, mir , todavía está calentito, rico para la barriga, como cuando te han pagado el jornal y podés pedir otra taza de café con leche que tiene un calor y te sentís y mir s desde tu mesa cómo va la vida por ahí afuera y la gente pasa apurada y no sabe de ninguna cicatriz, ni de la memoria, sólo mira las agujas del reloj, los relojes para que todos piensen que el día se ha terminado y que hay que volver, adónde, nadie sabe, eso, tomalo todo y mov  el brazo, mov  el brazo, el brazo, ya est  bien, así, baj ,  no, Serafín, bajar,  no?,  seguir con los trapos, así?,  s ?  S , Serafín?...

Serafín vuelve a su trabajo, Fijman comienza a bajar, pero antes de llegar al suelo surge la voz, temible y oscura del Editor, desde una garganta de agonía y espanto.

EDITOR:  Fijman!
 Jacobo Fijman!

El poeta apenas si reacciona:

FIJMAN: Eh.
EDITOR: Estoy esperando, Fijman.
FIJMAN: Eh. Quién.
EDITOR:  Qui n? El editor.

Fijman ha terminado de bajar. Aun cuando demuestra una gran fatiga, se arrastra hasta encontrar su carpeta de poemas. Al encontrarla, trata de esconderla entre sus ropas cuidándola.

Se ha cumplido el plazo, Fijman.
Los originales. Entr guemelos.

FIJMAN: Ah, sí. No, no escucho.  Los originales? No lo sé. Quién es. Qué me pregunta.  Qu  es lo que quiere? Si yo...

EDITOR: Fijman, por favor, no trate de esconder los originales. Es completamente inútil.  Recuerda? Hace mucho tiempo que la fecha ya est  convenida entre nosotros. Y estamos en fecha ya, el tiempo de ha cumplido. Entonces, ahora he venido para llev rme los a la imprenta. All  est  el dueño de la imprenta, esperando. Y usted sabe hace cuánto que espera.  l sigue humedeciendo los tipos de plomo, para saciar su sed. Y las letras gritan, claman. Y el imprentero les dice: "Calma, calma, el editor est  en camino trayendo los manuscritos". Y ese que tiene que llevarle los originales soy yo,  Qui n, si no?

FIJMAN: Pero, es que, yo...

EDITOR: Nada. No diga nada. Sólo sus manuscritos, Fijman. D melos. Usted ya sabe.  Imagina, acaso, la distribución que vamos a hacer de la obra? Nadie, nunca, so o semejante distribución para

su libro. Nuestra organización, estimado Fijman, es la más completa, la más vasta, inconmensurable, eficaz. La organización más perfecta de promoción y difusión a la que un poeta puede aspirar.

FIJMAN:

Es, que...

EDITOR:

Es que, qué. ¿Sus otros libros? ¿Quién se acuerda de ellos?: simples tiradas de 500 ejemplares, pagados por usted, con puchos de dinero que guardaba de esos trabajos miserables que conseguía ocasionalmente, o esos trabajos de maestro de francés, cuando deambulaba por las escuelas enseñando lo que podía, juntando monedas para pagar página a página de ediciones que nadie leyó nunca, que no interesaron a nadie. A nadie, Fijman. No seamos ilusos: eso no sirve. Aquí lo que interesa, es lanzarlo a usted como el gran poeta, el gran desconocido poeta...

En ese momento se oye un grito subhumano, lento, que cruza la atmósfera casi deteniéndose: pertenece al Quijote.

al que nadie, jamás, comprendió, ¿se da cuenta? Entonces aparezco yo, el editor, el único capaz de descubrir un talento injusta pero irremediamente olvidado. Ahora, vaya. Vaya, Fijman. Cumpla con lo prometido. Entrégueme la carpeta. Ya hemos contratado los servicios de

una famosísimo autor, que usted, tal vez, casi con seguridad alguna vez, conoció. Digámoslo claramente: que usted conoció perfectamente. A él hemos confiado la tarea de escribir el prólogo. Bueno, está bien, voy a serle franco: quiero que comprenda la importancia que nuestra editorial asigna a su libro; el prólogo, en realidad, ya está escrito. ¿Se lo leo? ¿Eh? Desdoble la hija sur velín pur, chiffón de Rives Arjmari-Proux y le leo, Fijman...

FIJMAN:

¡No, no!

EDITOR:

Le leo, le leo: son la gargantas roncadas de las letras de plomo, las que, ávidas, insaciables, hambrientas de eternidad dictaron, a este señor, a este caballero de las letras lo siguiente.

FIJMAN:

Escuche, no, no...

EDITOR:

Es para mí un honor, una verdadera distinción, poder, en esta ocasión, referirme a la obra poética de éste, nuestro poeta Jacobo Fijman. Su obra se distingue en su peculiar y luminosa fisonomía, como una de las más importantes, distinguidas y originales expresiones líricas de nuestro siglo poético...

FIJMAN:

¡Escúcheme!

EDITOR:

Y es que su misma vida se cuaja con la peculiaridad de su voz. Su vida, digo, signada por la triste desventura de aquellos que, marginados

por el poder malsano de una sociedad que, encegueda por la terrible sentencia del Eclesiastés no sabe, jamás, en su patética injusticia, recoger aquello que siembran sus hijos más preclaros. Y Jacobo Fijman es eso.

Otra vez el grito que atraviesa el aire.

FIJMAN: ¡Un momento, no siga!

EDITOR: Un sembrador. Su vida estuvo signada, sin embargo, desde siempre, por el desamparo: nacido en 1898 en Besarabia, Rusia, semita de padres campesinos, vive su infancia en el entonces territorio de Río Negro, en la localidad de Choele-Choel, donde su padre llegó a reunir los recursos suficientes para iniciarse en la actividad comercial. Es el comercio, precisamente, lo que empuja a su progenitor, Arón, a instalarse en la localidad de Lobos, provincia de Buenos Aires, sin tener, la verdad sea dicha, grandes mejoras económicas.

¿Me escucha, Fijman?

Y el prologuista continúa de esta manera:

Nuestro autor viajará, durante su adolescencia, diariamente de Lobos a Buenos Aires para, de este modo, asistir a las aulas de los institutos de enseñanza media. Hacia 1917 el Profesorado de Lenguas Vivas lo cuenta entre uno de sus chers élèves y le otorga el

título de Profesor de francés. Paralelamente, inicia sus estudios de violín, cuya ejecución y dominio obtendrá con particular maestría. En 1919 se revelan algunos signos de descontento en su alma afiebrada; nuestro autor adquiere una gran capa negra y escribe sus primeros poemas.

FIJMAN: ¡Basta! ¡No siga, no!

EDITOR: ...al mismo tiempo que surgen las primeras desavenencias de orden laboral, ya que no logra mantener un empleo fijo y pasa, sucesivamente, por trabajos que cada vez son más inseguros, inestables e insignificantes.

Contemporáneamente, nuestro poeta sufre algunas alteraciones de orden místico y es internado en el Hospicio de las Mercedes, incorporándose, al terminar su primer período allí –dándose de alta, claro está– al grupo Martín Fierro, en el cual, como todos saben, descollaban figuras como Güiraldes, Brandás, Caraffa, Marechal, Borges. Un año después aparece su primer libro, Molino Rojo en el que leemos...

FIJMAN: ¡Basta, ya! ¡No siga, deténgase!

EDITOR: "Mi corazón es una isla roja en que destacan sus banderas negras los días de mi anhelo."

Versos en los cuales, evidentemente, se pone en

evidencia el atormentado mundo de este autor. 1923 significa para Fijman un viaje a Europa, donde visita a Eluard, a Bretón, tiene una entrevista exclusiva con Jules Supervielle –el gran autor francés que gustaba de fotografiarse las manos–, y visita la ciudad de Madrid. En 1930 hace un segundo viaje y se presenta a los benedictos belgas con el deseo de convertirse en sacerdote, ya que se había bautizado a la religión de la iglesia apostólica romana en Buenos Aires. A su regreso, Fijman tiene la ocasión de recorrer el país con su violín, recurso único que le permite ganarse la vida, si bien en condiciones que, sin titubeos, calificamos de precarias. Precisamente se encuentra en esta actividad ambulante cuando llega a...

FIJMAN: ¡No continúe, se lo pido! ¡Deténgase! ¡No, no, no...!

EDITOR: ¿Qué le pasa, Fijman? ¿Qué está ocurriendo? Vamos, confíese conmigo, ¿no quiere acaso, conocer al autor del prólogo? ¿No quiere saber quién ha firmado esta página, eh?

FIJMAN: ¡Váyase, váyase!

EDITOR: Aquí está, mire, fíjese, se lo leo... ¿pero, adónde va, venga, quedé en que usted andaba por el país con su instrumento, con su violín, ¿nunca trató de leer la etiqueta de la caja de su violín, Fijman?

Venga, venga, yo no he terminado, todavía no...

Lentamente cae la penumbra, Fijman se ha ido.

El capataz de aserradero, en el Paraguay, obliga, con su látigo, a dos peones a trabajar.

CAPATAZ: ¡Lleven!, ¡vamos pastura de caimanes!, ¡esos troncos, al río! Apilen y empujen ¡vamos!, ¡no vamos a estar el día entero con eso!. Animales, ¿qué hacen?; sin vales el domingo, con ustedes; cállense; sin vales y sin caña, ¡vayan a mojar la tripa al río!; o, si no, los entrego a la autoridad; que se pudran allá dentro y que le cambien la mortaja al Petey y se transformen en palos de pelo; eso es lo que están buscando, criminales, si se quedan sin producir; ¡que venga Mboi-Moné, la serpiente negra y les chupe el hígado; larguen los troncos que el río no espera, porque ese, el Petey ande de ronda cada vez que el sol se pone a parir palmares!

Ahora los peones se detienen. Han visto a alguien que se aproxima.

PEON 1: ¡Por allá!

PEON 2: ¡Patrón, es él, es él!

CAPATAZ: ¿Quién?

¿Quién, decí?

- PEON 1: ¡Es por allá, patrón!
- PEON 2: ¡El mismo que ronda el campamento desde hace dos días!
- PEON 1: ¡Que ya se lo avisamos, patrón!
- PEON 2: ¡El Pombero!
- CAPATAZ: ¡¿Qué están diciendo, bestias?! ¡Basta, a los troncos, a los troncos!. ¡Regresen al río, vuélvanse!

Llega Fijman, lleva puesto un enorme sombrero de paja, en una mano el estuche del violín, en la otra una caña, una varilla. No hace ningún ruido al avanzar.

- FIJMAN: Busco comida.
Miel, miel o huevos. O lo que sea que tenga.
- PEON 1: ¡Pombero, pombero, pombero!
- PEON 2: ¡Kuarahy-Yara!. ¡Pombero!
- CAPATAZ: Siga, que acá nada tenemos de eso.
- FIJMAN: Trabajo.
Le trabajo por la comida. Por un plato, lo que sea necesito.
Un trabajo, para seguir.

El peón 1 y 2, se acercan y lo tocan; ellos están frente a una aparición, la de Pombero, el duende guaraní más conocido, vestido como lo está Fijman en ese momento, que es protector de los pájaros y que anda por la selva a la hora de la siesta. Si encuentra niños que molestan a las aves, cuenta la leyenda, se los lleva.

- PEON 1: ¡A esconder la cría!
- PEON 2: A esconder a mi tambú.
- PEON 1: ¡Mitamí a las casas!
- CAPATAZ: ¡Se callan!
- FIJMAN: Déjeme que le trabaje. Vengo andando, no he tenido alimento desde hace dos días.
- CAPATAZ: ¡Dejen!
¿Andando, dice? ¿De dónde?
- FIJMAN: Pase la selva, ya hace...
- PEON 1: ¡Pombero, pombero...!
- FIJMAN: No sé. Comida y dormir.
- PEON 2: ¡Yasiyateré, yasiyateré...!
- Fijman encuentra una tinaja, bebe agua.*
- CAPATAZ: ¿Qué es lo que lleva, ahí?
- PEON 1: ¡Payehá, payehá, Pombero, payehá!
- CAPATAZ: ¿Eso, qué es?
- PEON 2: ¡Cuñapayé, cuñapayé!
- El capataz le quita con violencia la tinaja.*
- FIJMAN: ¡Por favor, necesidad de comer!
- CAPATAZ: ¡Tembú!: hay que ganarla, Pombero. ¿Pombero?
¿Adónde están tus pájaros, Pombero!
¡Cállense, ustedes! ¡Aquí no hay duende protector de pájaros, aquí no hay nadie que se robe la cría!
¡Este es otro fugitivo escapado del pantanos!
- PEON 2: ¿No? Pombero, ¿no?

PEON 1: ¿No es? ¿Un presidiario, es?

Los dos peones despojan a Fijman de su larga vara de caña, de su sombrero. Desgarran su camisa, quieren quitarle su estuche.

CAPATAZ: ¡Dejen!

Traé.

Te digo que me des eso.

Fijman quiere escapar, pero los peones le cierran el paso.

FIJMAN: ¡No!

CAPATAZ: ¡Traé!

El capataz le arranca el estuche.

FIJMAN: ¡No!

Los peones lo sostienen. El capataz abre el estuche. Admira el violín.

CAPATAZ: ¡Rahé!

PEON 1: Rahé...

PEON 2: ¡Rahé...!

El instrumento los encandila.

FIJMAN: ¡Démelo!

CAPATAZ: ¡Quieto!

FIJMAN: ¡Por favor! ¡Déjeme ir! ¡Necesito!

El capataz hace sonar las cuerdas del instrumento.

CAPATAZ: ¡Alambre bueno para colgar a los forajidos!

Arranca una cuerda del violín.

¡Tocar!

Los peones comienzan a bailar alrededor de Fijman, a saltar. Fijman interpreta una lenta melodía, terrible y agónica.

CAPATAZ: ¡Más!

¡Más!

¡Más rápido, por la comida!

¡Más rápido, por el trabajo!

¡Más rápido, más, más...!

¡¡Alto!!

Fijman deja de tocar. La danza de los peones se interrumpe.

CAPATAZ: ¡Tráiganla!

Los peones se retiran.

Y ahora, aquí, la reina del Paraguay, la reina de los pantanos, con el gran número del rahé que nos visita! ¡Toque!

FIJMAN: No.

Fijman busca su estuche, quiere guardar su instrumento, el capataz lo amenaza con el alambre.

CAPATAZ: ¡El gran maestro del rahé, el cruzador de la selva, el presidiario fugado un poco de música para el capataz del aserradero!

¡Aquí está!

¡Ella es, la mujer yaguareté!
Aquí está.

Y llegan los peones arrastrando a una mujer.

¡Apolonio el entrerriano!

FIJMAN: ¡No! ¡Atrás! ¡Déjenme!

La mujer lanza una carcajada delirante.

CAPATAZ: ¡La reina de la fiebre de los mercaderes de madera,
el corazón del quebracho, la hembra de los
fugados!

*La danza recomienza. Apolonio el entrerriano
comienza a desnudarse.*

¡Por qué te has cortado la lengua, Apolonio!

¡Por qué te cortaste La lengua con la sierra,
Apolonio!

¡Ahora ya no hay canciones que se vayan río
abajo, Apolonio!

¡Ahora hay camalotes que se pudren en la lengua!

*Fijman ha comenzado a tocar la misma melodía
triste y desfigurada.*

*Cuando Apolonio se acerca, medio desnudo, Fijman
con un grito desesperado, toma su estuche y
desaparece.*

Oscuridad.

*Los enfermeros arrastran el cuerpo destruido del
Quijote.*

*Le han aplicado electroshock, lo dejan al pie de una
cama. Se van.*

Se oye la voz del médico.

MÉDICO: ¡Así, Saavedra, vas a aprender a no andar
arengando a los otros enfermos para que se
revelen! ¡Ahí estás, líder del motín!. ¡Dónde
estaban tus caballeros andantes para defenderte,
Quijote! ¡Adónde!

ENFERMERA: De nuestra parte, esperamos, el servicio en pleno,
que su estadía en la salita no se convierta en algo
que nos obligue a reiterar sus visitas, Saavedra;
comprender, Saavedra, luego: ¡obedecer!

Se van.

Llega Fijman. Desciende Serafín.

FIJMAN: Señor, don Quijote.

*Silencio. Serafín intenta imitar las palabras de
llamado de Fijman.*

Señor, don Quijote.

Saavedra.

*Fijman con sus fuerzas agotadas, sin embargo,
alcanza a acostar al Quijote. Por un instante parece
reaccionar, pero su mirada se extravía de nuevo.*

Serafín lo ha ayudado.

Eh, vamos. Ahora está conmigo, vuestra merced. Descanse. Ahora está aquí con su amigo Fijman: basta de algodones y de electricidad. Eso se acabó. ¿Serafín? Ahora está aquí. Necesita descanso cierre los ojos, ciérrelos. Vamos. Ahora hay que descansar, cerrar los ojos y dormir.

La poca alegría, cabe en los ojos cerrados, señor. Respire, respire profundamente, hasta que sienta la respiración del mar, adentro, en el único lugar donde corre el viento que trae las melodías sin nombre.

Fijman entona un aire de canción de cuna.

Eso es, los ojos cerrados. Eso es, eso es: duerma.

Fijman completamente agotado, deja al Quijote, busca su carpeta de poemas: recomienza su trabajo. Serafín trata de continuar con la canción de cuna.

La carpeta. Ah, el poema: tercera parte de Política Beata del Sentido y La Gloriosa Mente de la Pobreza:

Comienza a escribir.

"Para el amor de casto entendimiento
canté el amor, por lumbre en la pobreza
gusto de Serafín, sabor de vino
y occidente de nombres y de muerte"

Serafín reconoce su nombre. Se acerca a Fijman, se abraza a él.

Bien, sí, bien. Así concluye, sí.

Ahora, cuarta parte, cuarta:

Pero en ese momento El quijote deja la cama y se va a esconder en un rincón, temeroso.

¡Señor Quijote!

Vamos, venga. Tengo que acostarlo. Tiene que ponerse bien.

Venga, venga.

Pero el Quijote corre a refugiarse a otro rincón, Fijman va tras él. Y Serafín.

No, no así. No, entre nosotros. El Quijote. El hidalgo. El caballero andante de la triste figura.

Otra vez el Quijote escapa. Detrás de él, Fijman y Serafín.

Soy Fijman. El poeta. El bachiller poeta de la posada encantada. Recuerde, vuestra merced. Haga memoria. La memoria: el pasado, el presente, el futuro, y aquellas largas playas de Barcelona, delgadas, extensas. Y vuestra merced allí, entrando en las galeras, y todos saludándolo como a un principal: uh, uh, uh. Y un marino; algún bergantín de corsarios de Argel, que el atalaya nos señala. Usted en esa playa, señor, junto a su escudero, ¿lo recuerda? Y aquella

mujer, de moriscos padres engendrada, ¿la recuerda? Contésteme; aquella morisca que llevaron a Berbería, tan hermosa, sí, pero nunca tan bella como Dulcinea, claro; en aquella costa catalana, en aquella costa que parecía extensa hasta el infinito, con sus casonas claras inclinadas sobre la espuma del mar para oír las palabras que pronuncian los turcos cuando son degollados. ¿Qué decían los ojos de esa mujer, Quijote?

Fijman busca los restos de su desayuno, trata de alimentar al Quijote, pero es inútil.

Esa mujer, Ana Félix, se llama, que pudo encontrarse con su padre, Ricote, que en hábito de peregrino fue a... silencio... silencio... a Alemania, pero no fue sino en esa costa como una vulva de estrellas que se reencontraron. Y después, en esa misma playa, señor, una mañana, fue usted a pasearse por la playa, hasta que, a lo lejos, vio venir, allá, sí, es él, un caballero de punta en blanco y en su escudo, mire, mire eso, una luna pintada, una luna resplandeciente, robada por los pájaros del mar para colocarla allí; y cuando estuvo próximo lo saludó, saludó al insigne don Quijote de la Mancha, y vuestra merced en un comienzo no creyó en aquel desafío, hasta que los demás llegaron a la playa. Despierte, despierte:

"Oye tu soledad, mi soledad / Oye en mi soledad, tu soledad". Entonces, en ese momento, los dos tomaron distancia, ¡dispuestos al combate y a la carrera...!

En silencio, el médico los observa.

Cayó Rocinante, una caída mala, entonces, él le dijo que usted cumpliera con su promesa.

MÉDICO: Veamos, Saavedra, ¿qué promesa es esa? ¿Eh? ¿Vio cómo en algún momento se sabe la verdad? ¿Vio cómo tarde o temprano, se conoce todo? Mire a su amigo, nos está ayudando, para conocer esos planes que andaba ocultando. Si es él uno de nuestros mejores colaboradores, Saavedra. Porque, ya nomás, me va decir el nombre de ese otro, el del pabellón, el de la promesa, esa. Y aquí se acabaron las discusiones y la tolerancia: ¡Conteste!

FIJMAN: ¡Déjelo!

MÉDICO: ¿Cómo? A ver, Saavedra: ¿qué es eso de la promesa? ¿O volvemos a la salita, le gusta? ¡No! ¡No corra, no se esconda! En la salita, mire, nos enteramos enseguida, llamo a un enfermero y hago que me lo lleven; o usted se cree que adónde estamos, en qué año vivimos, no, no son tiempos de libros de caballería, los libros de los sesos quemados sin razón aparente, los libros de

aventuras; aquí las aventuras las escribo yo, ¿eh?. Es que aquí no hay posibilidades de amotinamientos, porque los amotinados vuelven, porque los que se rebelan piden el fin de la rebeldía, ellos mismo, que todo acabe, siempre.

Entonces: basta de andar por el barrio golpeando las puertas, molestando a la gente, para que después vayan a la seccional... que hay un sospechoso, un degenerado, un travesti, que perturba, que acosa, que anda por la plaza, que cuenta historias a la hora en que los chicos salen de la escuela! ¡Saavedra; ahora diga: ¡cuál es su cómplice, qué es ese plan, qué ramificaciones tienen, cómo operan!; nadie conoce el arte de la simulación, connmigo. ¡Así que, para terminar, lo que vamos a hacer es pasarlo directamente al pabellón N!

FIJMAN: ¡No! ¡No! "¡Ya no saldremos nunca de esta mañana opaca!"

MÉDICO: ¡Lo sacamos, dije! Y no pasa aquí el día siguiente. ¿Me está oyendo Saavedra: el lugar suyo es el N! ¡Pregunten a ese si no me creen!

El médico se va. Señala a Serafín. Este, asustado, sube a su refugio, en las alturas.

El Quijote dolido, aterrorizado, continúa buscando refugio en cada rincón. Fijman, lo sigue, esperando su respuesta, su reacción.

FIJMAN: "Estamos en el mundo y con los ojos de la noche".

Estoy aquí, a su lado, señor hidalgo, ¿lo sabe? ¿recuerda aquellos demonios que tomaron cuerpos fantásticos lo que le hicieron, recuerda a aquellos encapuchados que, en vez de conducir a un caballero en un carro de fuego por el aire libre o en alguna parda y oscura nube, lo condujeron, maniatado, en un carro de barrotes de palo, tirado por bueyes? ¡¿Lo recuerda, vuestra merced?!; ¡recuerda a esos hombres, con sus escopetas?! ¡Y usted allí, enjaulado y aprisionado!; esa carreta no estaba encantada, no, tiene que saberlo, aunque haya pasado ya tanto tiempo, esa carreta humillante en la que lo arrastraban de aldea en aldea, ellos, los que se creían dueños de su suerte, con derecho a llevarlo de un sitio al otro, ellos, ¿los recuerda?; esos que le ataron las manos y lo llamaron robador y salteador, esos, quiero que los recuerde, uno a uno, que recuerde lo que les dijo en su propia cara...!

Pero el Quijote sigue acurrucándose donde cree encontrar algún refugio.

¡Ésta es, aquí adonde estamos, esta es la carreta de los palos donde nos han encerrado contra no se sabe la voluntad de quién, ya no se sabe eso, la carreta, sobre la que ellos creen tener el derecho absoluto de saber dónde es que nos conducen, dónde es que vamos yendo, maniatados y golpeados en este carromato inmundo, a la vista de todos, ellos, azuzando las bestias, ellos, los poseídos por el derecho amargo que da el poder contra los débiles!

¡Contéstelos! Y yo con vos, Quijote. Yo con vos, ¡juntos!:

"Venid acá, gente soez y malnacida, ¿saltar camino llamáis al dar libertad a los encadenados, soltar a los presos, acorrer a los miserables, alzar a los caídos, remediar a los menesterosos? ¡Ah, gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé a entender el pecado e ignorancia en que estáis en no reverenciar la sombra, cuanto más la asistencia de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad; decidme, ¿quién fue el ignorante que firmó mandamiento de prisión contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que

son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus problemáticas su voluntad? ¿Quién fue el mentecato, vuelvo a decir, que no sabe que no hay secutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el día que se arma caballero, vela sus armas y se entrega al noble ejercicio de la caballería?"

El Quijote ha continuado buscando refugio por los rincones de la habitación, Fijman, acurrucado junto a él comparte su desamparo total, esperando una respuesta que no llega.

¡¿Dónde es que vamos ahora, Saavedra?! ¡¿Cuánto tiempo hace ya que nos llevan en este carro inmundo, lleno de asco, rodeados de máscaras de burla, por las calles, mírelas, por los caminos...?!

Fijman se abraza al Quijote, buscando, él también, protección.

"¡Ha entrado la noche de la carne y de los sentidos, la noche de las tierras caídas y los cielos muertos!"

Es en ese momento cuando un color rojizo invade la atmósfera. Simultáneamente crece un extraño

sonido, de campanas y pájaros. Serafín se detiene, deja su trabajo, pero continúa frente a sus vidrios opacos. Fijman se incorpora con lentitud, poseído de una visión mística. Allí, delante de él, se dibuja el Cristo Rojo, crucificado. Al desaparecer esa música profunda e increíble, se escucha la voz del Cristo Rojo.

Eloi, Eloi

Lama sabachtani

La música regresa y sobre el Cristo navega una profunda luz roja, sangrienta, hasta que la visión desaparece. Fijman no se ha desprendido de su imagen: continúa de pie, inmóvil, conmovido en el éxtasis.

La música y la luminosidad desaparecen.

El Quijote ha reaccionado. Serafín retoma el trabajo.

QUIJOTE: ¡Don Jacobo!

Fijman, todavía, no ha reaccionado.

¡Don Jacobo!

El Quijote se acerca y lo zamarrea.

¡Ya me voy, señor poeta!

Y es que "cumpliendo la palabra empeñada, he de retirarme un año a mi aldea y quiero decirle adiós. Durante ese año que he de transcurrir allí me convertiré en pastor, el tiempo que debo estar recogido. Me compraré algunas ovejas y todas las

demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias."

¿Me oye?

Pero Fijman continúa en su trance místico.

"... ¡y me he de llamar el pastor Quijotes y andaré por los montes, por las selvas y por los prados, con una canción aquí, con una endecha allá, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos, o de los caudalosos ríos!"

En este momento, iluminado por su visión, el poeta reacciona. Aparta al Quijote hacia un rincón de la habitación y le advierte.

FIJMAN: "¡Las hélices de un barco remueven luz y brumas; lloran los mástiles del viento!"

En este momento se escuchan sonidos de cadenas y metales, son los que traen los enfermeros, el médico y la enfermera.

MÉDICO: Venimos a buscarte, Saavedra.

Lo sabemos, ahora: fuiste vos el del motín. No aprendés. Así que acá, no te quedás. Por lo pronto, te vas al patio C.

No, no vale la pena esconderse, Saavedra.

FIJMAN: Llévase eso. Dígales que se lleven eso. ¡No se necesitan aquí!

Los enfermeros protestan.

- FIJMAN: Ni a la Salita. Ni al patio de las delicias. Déjeme a mí. Él está aquí. Aquí. Ahora yo voy a conversar con él. Nos tomaremos un momento de tranquilidad. En caso de tener alguna dificultad lo llamo para que se haga presente, nuevamente, con su equipo de facultativos.
- MÉDICO: Cállese, Fijman. Ya conocemos esas astucias. Me extraña de usted.
- FIJMAN: ¿Astucias? No, doctor. Aquí no hay astucias, hay pena. Y yo lo que hago es cambiarle ese trabajo suyo por un poco menos de tristeza. Todo eso, sin que le cueste a usted absolutamente nada: todo gratis.
- Los enfermeros protestan.*
- ENFERMERA: Vamos, doctor, acuérdesse: vamos a llevarlo; ¡que lo vean!
- MÉDICO: ¡Cinco minutos, Fijman! Y se acabaron las resistencias y las contemplaciones, y los favores. ¡Cinco minutos y usted me los deja con los del pabellón!
- Los enfermeros se retiran. Luego, el médico y la enfermera.*
- FIJMAN: Venga.
- QUIJOTE: ¡Los pastoras de las que he de ser amante, como entre peras podremos escoger sus nombres; y pues el de mi señora cuadra así al de pastora como al de princesa...!

- FIJMAN: Disculpe, vuestra merced. Pero si la astucia es hija de la necesidad, el médico es más astuto que nosotros. Debemos hacer algo. Y pronto. Quiero sacarlo de aquí. Y yo tengo que terminar mi libro.
- QUIJOTE: ¡Su libro, señor poeta, su libro! ¡Le diré que de mi libro se han editado treinta mil veces de millares y...!
- FIJMAN: No, si ya sé, ya sé. Se lo dijo en voz baja, oiga bien: el Editor espera; es un contrato extraordinario; cuando yo termino ellos me dan una pieza nada más que para mí en una pensión de la Avenida de Mayo con el alquiler ya pago. Entonces yo salgo por la puerta "¡Buenos días...!" todo está pago. Es toda mía. Ah. Y un trabajo mío, cuando salga de aquí, nada más que mío, del que nadie, nunca puede despedirme, porque yo tengo antigüedad, ¿me comprende?, entonces, lo que voy a hacer es comer, todos los días en... Y serán todos los días: y después me iré a pasear, y ahí está, que miro desde afuera, pero yo me voy, qué me importa, quiénes son, esos, los que se quedaron para siempre en las tertulias, para siempre, diciéndose unos a otros las mismas palabras, las mismas muecas, esos que se dicen, ahora, "mis colegas", esos ignorantes, que están todos locos, y yo, desde la ventana, les mostraré mi libro, mi cuarto libro...

QUIJOTE: ¿Y si no lo termina? ¿Eh, don Jacobo? ¿Y si no lo termina?

El poeta no responde.

¡Diga!

¡Dígame!

FIJMAN: Me voy a morir acá adentro.

QUIJOTE: No. Usted lo termina. Lo termina.

Porque...

Y el Quijote dice algo al poeta por lo bajo sin que se pueda saber qué.

FIJMAN: ¡Entonces, no!

El Quijote ríe.

FIJMAN: Entonces, no hay que perder más tiempo; ahora va a volver el médico, con los enfermeros

El Quijote continúa riendo desencajadamente.

¡No! ¡Quietos!

La risa del Quijote se multiplica ahora en las voces de los enfermeros, la enfermera, el médico, que lo rodean en una sombra enceguecida que gira sin detenerse.

Dos centavos

Clases de violín

Muestre, muestre, fuera, échalo, tírenlo

FIJMAN: Por favor, por favor...

Fíjense lo que lleva, se lo ha metido debajo de la lengua, los piolines, doble fondo escondido, esconde todo y guarda, guarda y pide

FIJMAN: Un pan.

Ladrón de cebollas, quítenle esos trapos, que no la mire, salga

FIJMAN: Un pedazo de pan.

¿Dónde dicen que está?, ¡quítenle, mete las uñas, chupa las cáscaras, lame y escupe...!

Fijman deambula, en medio de una danza de sombras. Esa danza lo llama, le tira monedas, le pide que toque el violín, Fijman busca entre esas sombras.

Adonde lo lleven, adonde lo lleven, adonde sea, abran las cunetas, la luna tiene un diente de barro y el tranvía busca el padre de una criatura con ojos de rata: ¡¡¡atrás, atrás, atrás...!!!

De esa multitud que danza afebrada, surge Serafín. Mira a Fijman. Fijman lo reconoce y lo sigue.

Oscuridad.

Con la luz, Fijman y el Quijote que dialogan. Serafín, en las alturas, trabaja.

- FIJMAN: ¡Escuche!
- QUIJOTE: Dígame.
- FIJMAN: Ahora, lo que va a ocurrir, es que van a venir a buscarlo. Lo que quieren hacer es llevarlo al pabellón de los que ellos llaman irrecuperables, al maléfico pabellón N, tierra de nadie, tierra de perdición y agonía en donde la luz que nos sirve para mirar la comida es sólo una tajada que se pudre entre las moscas. Entonces, yo he pensado...
- QUIJOTE: Qué.
- FIJMAN: Eso. Qué.
- A ver: vaya para allá. Venga para aquí. Vaya para allá, ya está; necesitamos esperar que llegue la luz de la luna, para que vuestra merced cruce, al amparo de las estrellas, las murallas de la ciudad santa.
- QUIJOTE: Esta es... la ciudad...
- FIJMAN: ¡Ese es el nombre de uno de mis poemas!
- "Tres gritos me clavaron sus puñales.
Paisaje de tres gritos
largos de asombro.
¡Bromearon los sudarios del misterio!
¡Fuga de embotamientos...!"
Esa es la ciudad. ¿La ha visto? ¿Ha visto los

peligros que rodean estas calles antes de ganar los campos libres que llevan a su aldea? ¿Los ve?! Esa es la ciudad, maldita, que tendrá que atravesar para llegar a los senderos verdes y amarillos y rojos y...

Fijman vuelve a sentirse mal, se repone de su fatiga.

Violetas, señor. Violetas y blancos, claros, claros.

QUIJOTE: Don Jacobo. Venga.

FIJMAN: Silencio. Es un secreto. Ellos nos inducen a representar. Ellos, lo que buscan, es que les permitamos alguna vez algo, algún indicio, de su propio extravío humano, personal: una representación, ¿me oye?; una representación burlesca, la misma, aquella, la de las ninfas que tenían una palabra colgada aquí y que usted, tan amablemente, recordaba para mí, este amanecer. Ellos, sí, no escapan tampoco a la ley que los llama a justificar sus vidas, aquí, en este carro, allí, afuera, por las calles de jirones que hacen los arrabales de la ciudad santa. No conocen otra cosa. No pueden, otra cosa. Entonces usted, por un momento, hasta tranquilizarlos será el señor Pedro Saavedra, y sólo usted y yo, nadie más, sabremos que esa mueca, esa triste y avara mueca, puede hacerles recordar el gesto de su verdadera sonrisa.

Ahora, venga, dígame: Buenas tardes, doctor.

QUIJOTE: Buenas tardes, doctor.

Y Fijman imita al médico.

FIJMAN: ¿Cómo se llama, usted?

QUIJOTE: ¡¿Que cómo me llamo yo, yo soy el hidalgo...?!

FIJMAN: ¡No!: dígales lo que ellos mienten, en la cara: ¡yo soy Pedro Saavedra!

QUIJOTE: Mi nombre es... Pedro... Saavedra...

FIJMAN: Ah, muy bien Saavedra, veo que nos vamos entendiendo. Veo que el tratamiento obtiene resultados, va dando sus efectos. Diga. Así es, señor doctor.

QUIJOTE: Así es, señor doctor.

FIJMAN: "Que la terapia indicada va logrando mejorías". Diga.

QUIJOTE: Así es, señor doctor.

FIJMAN: "Entonces, lo que vamos a indicarle es que tome un trabajito ayudando en la cocina, nada más, como para empezar." Repita.

QUIJOTE: Así es, señor doctor.

FIJMAN: Y que no tendremos necesidad de enviarlo al pabellón N. Ya que con su mejoría podremos prescindir de... ¡Cuidado! ¡Por el pasillo, es él...!

Llega el doctor seguido de la enfermera.

QUIJOTE: Buenas tardes, doctor.

Sorpresas y silencio.

MÉDICO: Buenas tardes.

FIJMAN: Buenas tardes.

MÉDICO: ¿Cómo se llama usted?

Silencio.

QUIJOTE: Yo soy Pedro Saavedra. El nombre mío es... Pedro Saavedra.

El médico saca su libreta de notas, escribe.

MÉDICO: Repita.

QUIJOTE: Yo soy Pedro Saavedra, doctor.

MÉDICO: Ah, muy bien Saavedra, vemos que nos vamos entendiendo. Veo que el tratamiento obtiene resultados, va dando sus efectos.

Silencio.

QUIJOTE: Así es, señor doctor.

MÉDICO: Que la terapia indicada va logrando mejorías.

QUIJOTE: ¿Mejorías? Así es, señor doctor.

MÉDICO: Entonces, lo que vamos a indicarle es un trabajito ayudando en la cocina, nada más, como para empezar.

QUIJOTE: ¿Un trabajito? ¡¿Un trabajito para mí?!; pues quiero que sepáis que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores, que la virtud es más perseguida por los malos que amada de los buenos.

MÉDICO: ¿Era esto, Fijman, esto todo cuanto puede ocurrírsele? ¡Un momento, quietos, por el bien de ustedes!

Salen el médico y la enfermera.

Ruidos en el exterior, se oyen golpes, órdenes, gritos.

QUIJOTE: Caballero andante soy y no de aquellos de cuyos nombres jamás la Fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que, a despecho y pesar de la misma envidia y de cuantos magos crió Persia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad...

FIJMAN: ¿Serafín? ¿Estás ahí?, ¿Serafín?

QUIJOTE: ... para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes...

Cae la lenta oscuridad.

Fijman busca un refugio detrás de una puerta.

FIJMAN: ¿Quién sabe, acaso la dueña los dejará entrar para mostrarles el agujero por donde entra el aire frío? "¿Profesor de qué, dice?" ¡Agnosco veteris vestigia flammae! A ver, agente, vaya apuntando; busque ahí; ¡no!; ¡dejen que me lo lleve! Esas carpetas son

mías y esos poemas son míos y quiero que me los devuelvan y que no se guarden de leer lo que allí está escrito, porque lo que allí está escrito es un pequeño camino dibujado con un lápiz, un pequeño camino por donde avanzan las palabras que guardo en mi cabeza. Ese camino es mío, un camino alto, desierto,

LA VOZ DEL MÉDICO:

Es por allá oficial, la habitación de los altos, al fondo, desde hace 7 meses, sí, deje a los agentes apostados aquí abajo.

FIJMAN:

Y es todo lo que tengo, un pequeño sendero que dibujo con mi lápiz sobre el papel, el lápiz hace un ruido corto, crr, crr, crr y ese es un sonido que cabe en una sala inmensa, vacía, con los terciopelos oscuros donde desde el fondo alguien dará el aviso para que entre el niño a dar la prueba con su instrumento; y no hay más camino que ése, ese trazo negro que gira rápidamente dejando letras, sin que esas letras se sujeten a nada porque es mentira que el papel esté hecho de tiempo. El tiempo es el instante, cuando uno escribe, que va de una palabra a la otra, uno termina el giro de la palabra y comienza la siguiente, la siguiente, la siguiente...

LA VOZ DEL MÉDICO:

¡La valija, ésa! ¡Ábranla!

FIJMAN: ...una línea que busca sin saber dónde encontrará otra, para continuar, eso es el tiempo. ¿Y ahora?

LA VOZ DEL MÉDICO:

¡Saquen todo! ¡Saquen! Agente, escriba: Buenos Aires, lunes 2 de noviembre de 1942, siendo las 12 horas...

FIJMAN: ¡No! ¡Atrás! ¡Déjenme ir, déjenme, por qué!
Se escuchan pasos que se aproximan.

LA VOZ DEL MÉDICO:

¡Cuidado, tengan cuidado!
¿Esta es la pieza?

LA VOZ DE LA ENFERMERA:

Sí, señor. El dice que es un profesor... de latín, dice. Pero tiene un violín, yo lo vi. Y le dije que, aunque sea, me pague con el violín, que acá no puede vivir si no paga, que me lo deje, y los libros, también se pueden vender, que acá no puede estar si no se paga, pero yo lo he visto una valija, yo no sé qué es lo que guarda adentro y deben ser cosas de valor, pero a mí no me da el alquiler, a mí no me da nada...

FIJMAN: ¡No! ¡Atrás! Atrás.
Entra el médico y los enfermeros, y la enfermera.

Atrás. ¡No se acerquen!
¡Yo soy el Cristo Rojo!
Oscuridad.

Continúa ahora el diálogo entre Fijman y el Quijote.

FIJMAN: Hay que apurarse.

QUIJOTE: Detrás de las murallas, me espera Rocinante.

FIJMAN: ¡Un momento!

QUIJOTE: ¡Dígame!

FIJMAN: Espere

Fijman vuelve a extraer su valija de 60 x 80.

No puede ir así vestido: el viaje es largo. Y más allá de esta posada encantada están las callecitas torturadas y maléficas de la ciudad. Las callecitas, llena de locos que se asoman para observar a los forasteros. Aun de noche, aun cuando cae la luna con sus crespones siniestros hay que andar con cuidado, con sigilo.

Fijman le entrega un traje perfectamente doblado. Es un traje de Quijote, bello y reluciente.

Aquí tiene.

Quítese eso. Póngase esto que tenía guardado para usted.

El Quijote se quita su chaqueta gris y comienza a vestirse; su aspecto ahora está completamente renovado.

QUIJOTE: Ahora sí, don Jacobo.

FIJMAN: Y ahora, ¿eh? ¡Cuando lo vea doña Dulcinea!

QUIJOTE: Adiós, amigo.

FIJMAN: Un momento, todavía.

Fijman busca un pequeño paquete y se lo entrega.

Adiós.

Un abrazo cargado de ternura y camaradería.

QUIJOTE: ¡Adiós!

¿Siente usted esa brisa que corre hacia la aldea, don Jacobo?

El Quijote se va.

Fijman está sumamente agotado.

FIJMAN: ¿Serafín? No me siento bien. No, no. Estoy cansado, cansado, Serafín. ¿Podrías bajar? Bajar, digo, sentarte aquí, a mi lado, Serafín "muerte, sobre la faz original de la incomprendible, muerte, en la increada sustancia de la muerte".

En ese momento, las voces del médico, la enfermera, los enfermeros. Serafín baja asustado.

Agárrenlo: es Saavedra. Cuidado. ¡Un maquinazo...!!!

Y, también, la voz del Quijote.

¡Atrás, atrás!, ¡encantos y maleficios, sombras, villanos!

¡Un maquinazo, a la Salita, a la Salita... un maquinazo...!!!

Fijman, reacciona, busca su violín y se dispone a tocar su triste melodía, pero antes de comenzar a tocar, esa misma melodía impregna el aire, llega desde lejos, mezclada con el griterío del hospital, de los habitantes del hospital, entre las cuales se reconocen algunas voces.

Por ahí, las murallas, deténganlo, es peligroso, vicioso, degenerado; cuiden las salidas, levantan el puente, reforzad las guardias, que nadie quite esta posada cuando transcurre la noche; asesino y salteador; viola a las viudas, corrompe a las doncellas, prostituye las casadas, degenera a los huérfanos y pupilos; ¡detenedlo, detenedlo, que no pase!

Fijman, cautivado por la música, guarda su violín en la valija.

Y las voces:

Allí va, allí va el Quijote, acaba de atravesar las murallas.

FIJMAN: Acaba de pasar las murallas.

El griterío cesa, lentamente. Oscuridad, que cae lentamente. Serafín, con un esfuerzo terrible, busca expresarse repitiendo:

¡Pie... d... a... dd... pp... i... ed... dad... pp... ied... dad...!

Fijman está acostado: va a morir. Serafín asustado de sí mismo, por lograr repetir esa palabra sube, continúa trabajando, desplegando grandes movimientos lentos. El médico sentado al lado de Fijman.

MÉDICO: Nosotros nos preguntamos, sabe, por el sentido de nuestra profesión, cosa curiosa es una pregunta que nos formulamos siempre, en diferentes etapas de nuestra vida, Fijman. Y en cada momento encontramos una respuesta diferente, distinta, hasta me atrevería a decir contradictoria. La salud es un estado misterioso de la existencia. Casi mágico, diría. Un estado absoluto por el cual se está aquí, sin saber exactamente qué es. Y, sin embargo, decimos que sabemos lo que es la enfermedad, la falta de algo, sin conocer en qué consiste precisamente ese otro estado. ¿Me está oyendo, Fijman? No puedo conversar esto con nadie, perdóneme. Es como si aquí estuviésemos dedicados a aprender qué es la salud, toda la vida a tratar de conocer eso, valiéndonos de la experiencia de los demás. Y yo, a pesar de eso, no pude averiguar nada: sólo algunos indicios que siempre se desvanecen con cada nueva vida, Fijman. Y esa búsqueda, después, cuando pasan los años, se convierte en una causa perdida, porque nadie, ninguno de nosotros aquí, puede

comprender los misterios de la salud. Yo quería decirle esto. Porque usted ha vivido tantos años aquí, conoce tanto este lugar que por eso pensé que, tal vez, usted sepa.

¿Fijman?

Silencio prolongado.

¿Fijman?

Entra la enfermera.

ENFERMERA: Permiso, señor Fijman.

FIJMAN: Adelante.

ENFERMERA: Hay una persona afuera que pregunta por usted, señor.

FIJMAN: ¿Quién es?

ENFERMERA: Un momentito, señor. Ya regreso.

Sale, regresa.

Me dio su tarjeta, señor. Con permiso. Aquí está.

Fijman la toma.

A pesar de la luminosidad ambiente el poeta dice:

FIJMAN: Hay muy poca luz aquí. No puedo leer.

Dígame usted.

ENFERMERA: Sí.

Aquí dice, el editor.

FIJMAN: Ah, pregúntele qué quiere.

ENFERMERA: Sí, señor Fijman. Un instante, por favor.

Sale, regresa.

Dice que le entregue los originales.

FIJMAN: ¡Dígale que no le entrego nada! Los originales se los di al Quijote; él se los llevó; ¡conoce editores mucho más importantes que él!

Fijman, agonizante, lanza una terrible carcajada.

Oscuridad.

Entra el padre y la madre de Fijman.

MADRE: Jacobo.

¿Dónde estabas, hijo?

PADRE: Responda a su madre.

MADRE: Jacobo, ¿por qué salís a jugar a esta hora, eh?

PADRE: ¡Responda!

MADRE: En el campamento apagan las luces y Choele-Choel es un puñado de carpas, entre el desierto. Y más allá, están amontonadas las vigas. Y más allá está el invierno.

PADRE: Hijo. Vamos.

MADRE: Schh. Y más allá, todo lo que queda es la última luz del atardecer y el viento que llega del sur. Y no

es bueno andar saltando entre los durmientes, porque están los lobos, que no le temen a nadie. Jacobo.

PADRE: ¿Jacobo?

MADRE: Las estrellas, hijo. Allá. Las estrellas heladas de la patagonia que saben contar historias para que los niños se duerman.

Para que los niños duerman. Duerman.

Oscuridad. El padre y la madre desaparecen.

Serafín continúa con su trabajo. Ahora, a medida que pasa sus trapos por el vidrio, entra la luz del día en la habitación. La dulce y bella luz matinal, y el canto de los pájaros.

Una vez que todo el vidrio está limpio, Serafín descende y toma el cuerpo muerto de Fijman, mostrándole, al incorporarlo, a medias, la luz que penetra desde lo alto.

FIN